

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: Estudios Históricos, por don A. Pirala.— La Primera Rosa (poesia), por doña Dolores Cabrera y Heredia.— La Peregrina, por doña Joaquina Garcia Balmaseda.— Cristóbal Colon (conclusion), por don Florencio Janer.— La Pureza (poesia), por don José Lopez de la Vega.— Modas.— Explicacion del Figurin.

INSTRUCCION.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

MICHOL.

DAVID Y JIGANTE GOLIAT.—MATRIMONIO DE DAVID.—CELOS DE SAUL CONTRA DAVID.—ABIGAIL.—SU PRUDENCIA.—BETHSABÉE.—SE ENAMORA DE ELLA DAVID.—URIAS.—DESGRACIAS DE DAVID.—SU ARREPENTIMIENTO.—BETHSABÉE MADRE DE SALOMON.



ALLÁBANSE los israelitas en guerra con los filisteos, y á la vista ambos ejércitos, se sometió la victoria al resultado de una lucha individual. Presentóse el gigante Goliat en nombre de los segundos, y nadie se atrevia á hacer frente á aquel mónstruo, hasta que un jóven pastor, sin mas armas que una honda y unas piedras, sale, insulta al gigante, se burla éste del mozalvete y le desprecia, van al fin el uno contra el otro, hiere y vence David, que tal era el pastor, á Goliat, y presenta su cabeza al israelita, que celebra el triunfo de su causa, y aclama á David victorioso.

Habia Saul prometido entre otros premios, la mano de su hija al que matara á Goliat, y en vez de cumplir su oferta, exige al jóven heroicas pruebas

peligrosas, pero triunfa de todas y se casa con Michol.

Los celos que habia escitado David en Saul, los alimentan las nuevas victorias que consigue el jóven guerrero, y pretende que los oficiales de su hijo Jonatás le maten; mas se niega el justo israelita á tan réproba accion, y ofrece su amistad á David, que trata de calmar la cólera de su padre, que de nuevo atenta contra la vida de su yerno, arrojándole la lanza cuando éste tocaba el arpa con ánimo de divertirle. Tambien se salvó David.

Pero esto aumenta su saña, y envia á sus guardias á que le maten en su casa. Lo sabe Michol, le hace huir por una ventana, y pone en tanto una estatua en la cama, cubriendo la cabeza con una piel de cabra. Cuando los asesinos se apercibieron del engaño ya estaba lejos David.

Fugitivo, errante, reúne unos seiscientos hombres y hace con ellos la guerra á los enemigos de su nacion, huyendo de Saul, á quien pudo haber muerto mas de una vez, y al que siempre devolvía bien por mal. Pero irritando esto aun mas á Saul, hace que su hija Michol se case con otro, desentendiéndose de todas las leyes. David, á quien estas no le prohibian tener mas de una esposa, casó con Abigail; pero si amaba á esta mucho no amaba menos á Michol, y cuando muerto Saul se reconcilió con el hijo de éste, fué su primera condicion que le devolvieran su esposa, y así se hizo.

Entonces volvió la felicidad á David, de quien parecia ser Michol la buena fortuna: con ella habia sido venturoso, sin ella desgraciado.

Ocupa David el trono, establece su córte en Jerusalem, embelleciéndola, lleva á ella el Arca Santa

con gran pompa, compone un cántico magnífico, y dejándose conducir por la vehemencia de sus sentimientos, danza é mismo delante del Arca.

Al ver Michol desde una ventana el cortejo, disgustáronle los transportes de alegría á que se abandonaba el rey, y desprecia en su corazón lo que ella miraba como un olvido y un abatimiento de la majestad real; así le dijo irónicamente cuando volvió á palacio:

—¡Qué honrado se ha mostrado el rey de Israel solazándose en presencia de las mujeres de Jerusalem, y despojándose de su dignidad como un bufón!

Palabras que dan la mas cabal idea de su discrecion y talento, cuyas cualidades demostró en los posteriores consejos que dió á David, contribuyendo á la gloria que adquirió en su tiempo, debida á aquella mujer.

Murió sin dejarle posteridad, y lloró David su muerte.

Sobre su casamiento con Abigail, ya anunciado, debemos decir algunas palabras. Estaba ésta casada con el insensato Nabal, y por un señalado contraste reunia su esposa una prudencia y discrecion consumadas, y una belleza notable. Ofende Nabal á David; jura éste vengarse, y lo hubiera hecho de una manera terrible si Abigail no lo evitara acudiendo con presentes de pan y vino, y otras viandas, á los piés del rey y le dijera:

—Señor! que la falta de mi marido caiga sobre mí. Consiente que te hable tu sierva: escúchala. No haga aprecio mi señor de ese hombre inícuo, porque Nabal es un insensato, cuyo nombre lo demuestra: yo, señor, no ví á los criados que enviaste. Cuando el Señor te haya concedido los bienes que te ha prometido; cuando te haya hecho jefe de Israel, no tendrás lágrimas ni remordimientos de haber derramado sangre inocente y ejercido la venganza; y cuando el Señor te colme de bienes, tú recordarás á tu sierva.

La hermosura, la discrecion y el talento de Abigail encantan á David, que la responde bendiciéndola y prometiéndola que desistia de su proyecto.

Al volver contenta Abigail á su casa halla á su esposo entregado á las delicias de la mesa y embriagado. Se contiene entonces la discreta y prudente esposa; cuéntalo á Nabal al día siguiente dejándole abortito: enferma á los diez días y muere.

Entonces fué cuando David se casó con Abigail, al haberle quitado Saul á Michol.

Sufrió con él dos años de infortunios, y cuando reinó sobre Israel aumentó las felicidades de David,

y la Historia Sagrada nos habla de esta mujer para enseñar que la prudencia es un excelente tesoro, y que tiene la dulzura una fuerza maravillosa.

Otra mujer ocupa tambien un lugar importante en el reinado de David, y que puede presentarse bajo diferentes aspectos; y ya la consideremos como un origen de felicidad, ó como un manantial de desgracias, va unido su nombre al de los mas importantes acontecimientos de su siglo, y ora como una mujer cuya virtud es dudosa, ora como el motivo de los infortunios de un reinado, ó como la causa de la espléndida felicidad de otro, aparece Bethsabée descollando sin pretenderlo, y engrandeciéndose con su humildad, y brillando desde lo escondido de su vivienda. Su hermosura ocasionó desgracias y felicidades, porque murió por ella Urias, y vivió por ella Salomon.

Enamorado de ella David quiso hacerla su esposa, y creyendo, como poderoso, no hubiera límites á sus deseos, no reparó en cometer un crimen por satisfacerlos, y dispuso la muerte de Urias, esposo de Bethsabée, llevando él mismo la carta que contenia tan fatal sentencia.

Pasado el corto plazo que la ley prescribia á las viudas, casó con ella David, y aquel logro que consideró su felicidad fué su desgracia. Dios no podía dejar impune la seducción ni el asesinato, y el hijo que tuvo de Bethsabée se le arrebató el Señor, tronchando en su lozanía aquella flor que deleitaba el alma de sus padres, que esparcía en su corazón el bálsamo puro y consolador de la inocencia. Esperanza de felicidad destruida en su albor: sol que brilló un momento para ser eclipsado por la tempestad: día fugaz que ocultó una triste y eterna noche.

Y no fué esta la única desdicha que experimentó David en medio de su gloria. No castiga Dios al pueblo israelita, sino al rey, sobre cuya cabeza descarga los rayos de su celeste cólera.

Se hacen fratricidas los hermanos; rebélase el primogénito contra su padre, se aclama soberano, se pone á la cabeza de un ejército, se apresta á ser parricida; pero Dios no permite este crimen, y quedando Absalon colgado por los cabellos en una encina, le dió muerte Joab, general de las tropas de David, faltando á las órdenes de éste, que lloró hasta el fin de su vida la pérdida de sus hijos, y las de que le acusaba su conciencia.

El sensible David, aquel poeta inmortal se ve abismado con tanto infortunio: las lágrimas borran sus pecados: un arrepentimiento solemne, sincero, purifica su alma, y Dios le perdona.

En cambio de las desgracias que produjo su amor

á Bethsabée, ocasionó aquella mujer una gran dicha al pueblo israelita, legándole á Salomon. Ser su madre es la mayor gloria. Consiguió que David le declarase heredero del trono, y para ocuparle dignamente, le educó con esa tierna solicitud con que educa una madre.

Sublime y santa mision de la mujer: ejercicio que mas la enaltece y que hace resplandecer su gloria con magnífico brillo. Es entonces cuando la mujer se hace superior á cuanto hay en la tierra, porque en efecto, ¿qué hay comparable á una madre que está preparando al mundo un hombre inmortal por su gloria? ¿Quién puede igualarse á una madre que presenta á un hombre que sobresale de entre la multitud por sus virtudes, su valor ó su talento, y dice á ese mundo: Yo le he criado, yo le he educado, ese es mi hijo!...

Muéstrase el cielo magnífico y sereno, y con su arco de brillantes colores, despues que ha enviado á la tierra su benéfica lluvia; vístese la tierra de esmeralda para ostentar orgullosa sus lozanas flores, sus sazonados frutos; y la mujer asoma á sus lábios la sonrisa del amor, á su rostro el matiz de la hermosura, y ciñe su frente con la aureola de la gloria, cuando puede ostentar envidiada á su querido hijo.....

A. PIRALA.

LITERATURA.

LA PRIMERA ROSA.

A. P.

Impregnada de rocío
Cogí para tí esa flor
Que conmovida te envío,
Y la entreabrió el lábio mío
De sus besos al calor.

Lleva á los tuyos de fuego
Sus hojas, yo te lo ruego!
Y aspira su esencia pura,
que hoy en prueba te la entrego
De gratitud y ternura,

Porque así como esa flor
Al influjo bienhechor
Del sol la vida ha debido,
Yo tambien, he renacido,
Al de tu celeste amor!

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.

LA PEREGRINA.

I.

La niña y el poeta.

Consuelan á los que lloran,
nacen cándidos contentos,
paz y amor donde ellos moran.
¡Cuánta riqueza atesoran
los hermosos pensamientos!

Selgas.

Una hermosa niña viajaba por el mundo, sin saber dónde fijarse. Se llamaba Pensamiento.

Habia tocado á varias puertas, y en ninguna parte habian querido admitirla.

Primero pretendió ser recibida como camarera de una célebre literata, y le fué negada la plaza.

Un filósofo de gran nombre tampoco la quiso en su casa, ni aun para ama de gobierno.

Rechazados sucesivamente los servicios de Pensamiento por un aacadémico, por un abogado, por un pintor, y por un poeta, la pobre niña se resolvió á correr el mundo en busca de colocacion.

Emprendió de nuevo su viaje sola y á pié, en una hermosa mañana de primavera, y la emprendió firme y resignada, dispuesta á soportar todos los inconvenientes de su situacion.

Abismada en su profunda meditacion continuaba su marcha la doncella, sin advertir lo interminable del camino, hasta que rendida de fatiga á la caida de la tarde conoció la necesidad de buscar hospitalidad.

A pocos pasos del camino distinguió un castillo, cuyas ventanas despedian torrentes de luz, iluminados sus salones por innumerables bujías para la orgía que á la sazon se celebraba.

Llamó con timidez la niña á la puerta del castillo pidiendo asilo, y el eco de su dulce voz llegó á los oidos de los convidados.

—Quién va? dijo desde adentro el dueño del castillo. Si sois un compañero alegre que viene á aumentar los placeres que disfrutamos, entrad.

—Oh! no señor, murmuró la niña: soy una criatura sin apoyo en el mundo, y mi carácter es tan

triste como mi situación. Me llaman Pensamiento.

Pensamiento! hola! criados, cerrad todas las puertas, y echad de aquí á ese importuno que llega á amargar nuestra alegría.

Y los brindis, el ruido de las copas, y los báquicos cantares que llegaban hasta la viajera, la hicieron retirarse ruborizada.

Apoyada en un jarrón de mármol á la entrada del castillo, había distinguido una choza á la falda de la montaña: allí dirigiré mis pasos, exclamó: sus moradores no me negarán un albergue: los pobres siempre son caritativos.

Llegó á la cabaña y llamó á su puerta con resolución.

—Quién es? preguntaron desde adentro.

—Una infeliz que pide hospitalidad por esta noche.

—Si os contentais con pan, agua, y una cama de paja, que es lo único que puedo ofrecer, decid vuestro nombre y entrad.

—Soy el Pensamiento.

—Detente. No penetres en mi morada: no vengas á turbar mi sueño. ¿Quiéres arrebatar me las únicas horas de sosiego que disfruto por la noche, despues de haber pasado el día labrando la tierra con el sudor de mi frente? Dájame en paz. Si mañana he de tener valor para emprender de nuevo mi trabajo, necesito descansar un poco y olvidar mis penas.

Así fué que ni el rico ni el pobre quisieron admitir al Pensamiento.

La desgraciada niña se sentó á la orilla del camino, dejando caer sobre sus manos su abrasada frente. Un suspiro que dejó escapar de su oprimido pecho, llamó la atención de un jóven que pasaba contemplando las estrellas, gesticulando y hablando solo.

Al mirar aquel bello rostro, inundado de lágrimas, y la dignidad que revelaban sus facciones infantiles, le preguntó con interés el motivo de su aflicción. Ella le informó de sus penas, refiriéndole como nadie había querido recibirla.

—Pobre niña! dijo el jóven dando á su voz una entonación trágica. Ofrecióle en seguida el brazo, y añadió:

—Poco distante de aquí está mi casa: venid conmigo y pasareis la noche en ella con toda seguridad. ¿Con qué nombre os presentaré á mi madre?

—Me llaman Pensamiento.

El jóven dió algunas palmadas con alegría, y tomó gozoso el camino con su nueva compañera. Ésta quiso saber á su vez el nombre de su huésped, quien le dijo:

—Yo soy un hombre de imaginación, conocido por Alfredo el poeta.

Vivía Alfredo en compañía de su madre, en una modesta casa de campo. Las leyendas y cuentos de hadas con que aquella le había entretenido en su niñez,

habían despertado en el jóven una estraña afición á todo lo fantástico y maravilloso, que se revelaba en su hermoso rostro de diez y ocho años, embellecido por unos ojos azules y lánguidos, y unos cabellos de oro.

La madre de Alfredo al saber el nombre de su huésped, le hizo la mas grata acogida. Cuando Pensamiento se hubo repuesto un poco de su fatiga, tendió la vista naturalmente por la habitación en que se encontraba.

La sala se asemejaba á un invernáculo, tan llena estaba de flores y arbustos. Unas plantas crecían enlazándose cariñosamente en las paredes de la habitación, entapizándola de una manera artística; otras se elevaban formando caprichosos arabescos, que llegaban á besar el artesonado techo; estas abrian con timidez sus capullos al lado de sus lozanas compañeras, y algunas, ya casi marchitas, mostraban melancólicas el último destello de una belleza próxima á extinguirse. Multitud de libros abiertos y cerrados se veían confundidos entre los jarrones y macetas, señalados en ellos con algunas hojas verdes los trozos mas favoritos de su dueño. Los estantes de la biblioteca de Alfredo estaban cubiertos, y parecían formados de flores y ramaje.

Con su vista clavada en Pensamiento, se olvidaba el poeta hasta de tomar alimento: jamás había visto una mujer de una belleza mas fascinadora. Su mirada dulce y tranquila parecía no fijarse sobre un objeto sino para imprimirle encanto y vida.

La niña intentó dar las gracias al jóven y á su madre, pero Alfredo la interrumpió diciendo:

—Oh! no: callad! La casa donde vos poneis el pié está bendita. Vos sois uno de los mayores beneficios que Dios ha concedido al hombre: vos dais vigor al alma del jóven y rejuveneceis el corazón del anciano: las horas se deslizan risueñas á vuestro lado, sin vos la vida nos alogaria entre sus brazos de hierro. Oh! quedáos en mi casa, hermosa viajera, cuanto encierra es vuestro. ¿Dónde os acojerian con mayor cariño?

La niña, sin aceptar sus ofertas, resolvió mostrarse agradecida á tanto interés.

II.

El lenguaje de las flores.

Alfredo no pudo dormir en toda la noche: la idea de cobijar bajo su techo al Pensamiento le producía una especie de fiebre. Su corazón latía con violencia, y su frente se ardía. Viendo que en vano quería conciliar el sueño, dejó el techo y bajó á su biblioteca, creyendo que la vista de las flores calmaría su agitación.

Entró pues en ella y se aproximó á un *Oxycanto*,

cuyo perfume le llamaba con una mágia irresistible. Al acercarse para aspirarle, le pareció escuchar una voz, que partiendo del fondo de la corola, llegaba dulce y vaga á su oído, y le decía:

—Ven, respira mi aliento. Una sola de mis ramas escondida en el fondo de un valle, basta para embalsamarle todo: yo soy la mas temprana de las flores: soy *la esperanza*.

—Alfredo, Alfredo, murmuró otra voz argentina.

El jóven volvió su rostro, y apercibió un *Don Diego de dia*, que mirándole dulcemente, exclamaba:

—Yo vivo en las alas del viento, y como él voy de aquí para allí á la ventura. Descanso á veces entre los brazos del poderoso, y otras me poso un instante sobre la frente del pobre. No me olvides tú, que tambien necesitarás de mí: soy *el capricho*.

—Yo, murmuró con acento melancólico una *Madreselva*, puedo ofrecerte un tesoro, porque escondo en mi seno los *lazos del amor*.

La *Clematida* iba á tomar la palabra, y un *Romero* la interrumpió, diciendo:

—En mí no hay doblez; mis ásperas ramas simbolizan *la verdad*. Escucha mis consejos, Alfredo: desconfía de la *Clematida*, cuyas ramas se abrazan arteramente á las paredes para subir hasta la ventana, donde las niñas se entregan á sus ilusiones, y sorprendiendo sus secretos los divulga con pérfida falsedad. La sinceridad del *Romero* era demasiado conocida para que la *Clematida* se atreviese á disputársela: tomó, pues, el partido de callarse.

El poeta estaba inmóvil, sin acertar á darse cuenta de lo que pasaba en torno de sí. Las flores vivían, hablaban; no podía dudarlo.

—Piensa en mí, le decía la suave voz de una *Lila*. Mis hojas verdes y finas, mis ramos de flores que exhalan dulcísimo aroma, todo mi sér revela cándida coquetería. Florezco pronto, y mi vida es muy corta: soy *el primer amor*.

—Aun corona la nieve la cumbre de las montañas, y ya al pié de ellas ondula graciosa multitud de florecillas matizadas. A su frente vengo yo, la mensajera de natura, anunciando la mas bella de las estaciones. Soy *la Primavera*, la flor de la juventud.

—Yo, exclamó con altivez el *Lirio*, aparezco con las primeras melodias del ruiseñor, y embalsamo el aura con mi perfume. Hermano de la *Azucena*, amo como ella las márgenes de los arroyos, la sombra de los arbustos, la soledad de los valles: al verme el hombre se sonríe, porque soy su amigo favorito, *el orgullo*.

—Las abejas vienen á posarse en mi seno, pronunció una dulcísima voz; la tórtola enamorada se refugia bajo mis ramas impregnadas de purísima fragancia, y mis hojas ofrecen al hombre un bálsamo

bienhechor. Todo en mí es dulzura, bondad, dicha, porque soy la flor del *Tilo*, el *amor conyugal*.

—Mis ramas crecen al capricho del hombre, y mis blancas flores entre el verde follaje asemejan la blanca espuma de un claro río. Soy bello como la estrella de la mañana, inocente como la sonrisa del niño: soy el *Jazmín*, el amante de las abejas y de las mariposas.—La *candidez*.

De esta manera fueron todas las flores diciendo su nombre y su condicion al oído del poeta.

—Hé aquí, dijo éste, un magnífico asunto para un poema épico, que me abrirá las puertas del templo de la gloria. De todos modos sería un necio, si no escribiese todo lo que las flores acaban de decirme.

Tal como lo pensó lo puso por obra, y pasó una gran parte de la noche en escuchar á las flores y en formar el vocabulario que despues hemos conocido por lenguaje de las flores. Cuando terminó su trabajo, se apoderó el sueño de su agitado espíritu, y se durmió sobre el mismo sillón: en él soñó que le conducían vestido de púrpura y con una lira de oro en la mano al Capitolio, á recibir en sus sienes la corona de laurel.

III.

Al despertar.

— Cuando abrió sus ojos Alfredo tendió su vista en rededor, y vió á su lado á Pensamiento, que le contemplaba con cariñosa sonrisa.

Contó á la hermosa niña lo que le habia pasado en la noche anterior, y la preguntó si sus sentidos habian sido juguete de un sueño, ó si efectivamente las flores estaban dotadas del dón de la palabra.

—Era yo quien te hablaba en ellas, dijo la niña con dulzura. Ahora, Alfredo, lucha con fé y vence á tus rivales: los secretos que en esta noche te he revelado, y que nadie ha conocido antes que tú, serán en adelante el rico manantial que fertilice la bella poesía.

El jóven se inclinó y besó con efusion la mano de su protectora. Luego la pidió permiso para leer de nuevo el manuscrito que habia trazado durante la noche. Así que concluyó su lectura lo arrojó al pié de la pobre niña, exclamando con cólera.

—Miserable! es así como pagais la hospitalidad que os conceden! Quereis que estas necesidades que me habeis hecho titular lenguaje de las flores las ofrezca yo á las gentes para que se rian de mí, ó se espongan á los equívocos mas lamentables? A quién quereis que haga creer que el saúce representa melancolía, la rosa belleza y la margarita veleidad? Los chicos se burlarían de mí, y las personas de razon

me despreciarian. Salid de mi casa astuta intriganta, y no pretendais simbolizar el dón mas precioso de la Providencia: *el saber*.

La madre de Alfredo, que á la sazón entraba, tomando tambien parte en la cuestion, pretendió probar á la jóven lo absurdo de su propósito, y los disgustos que podria proporcionar á las gentes el entenderse por medio de las flores.

Cuando terminó su discurso, é irritada por las imprudencias á que habia querido esponer á su hijo, iba á lanzar á la jóven fuera de su casa: aquella habia desaparecido consternada al escuchar que en vez de simbolizar la mas noble de las facultades humanas, solo querian hacerle representar á la belleza vana é inútil. Aquel desengaño era capaz de hacer perder el juicio á cualquiera otra persona menos delicada que Pensamiento, y arrepentirse de haber deseado cambiar su tranquila vida de flor por la azarosa existencia de los hombres.

Alfredó se quedó sin escribir su poema épico.

Sin embargo, todas las obras literarias demuestran sobradamente que los poetas han dado á las flores las mismas cualidades y la misma importancia que Pensamiento les señaló. (*Arreglado del francés.*)

JOAQUINA GARCÍA BALMASEDA.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

CRISTÓBAL COLON.

(*Conclusion.*)

Un segundo viaje al frente de diez y siete naves y unas quinientas personas, llevó á Colon desde el puerto de Cádiz (25 de Setiembre de 1493) á las afortunadas islas que acababan de ser descubiertas, merced á su perspicacia, á su fé y á su talento. El cuadro que presentaba el pais á su partida habia ya cambiado. La hospitalidad y la sencillez de los indios se habia trocado en rivalidad y furor contra los advenedizos. Los compañeros de Colon ansiosos de oro habian tiranizado durante su ausencia á los habitantes, indolentes de por sí, pero amigos de su libertad en gran manera, y la lucha entre el europeo, que con el sudor del indígena queria arrancar las riquezas de las entrañas de la tierra, y el indio salvaje y turbulento, no podia dar otros resultados que el desavenimiento y la guerra. Al mismo tiempo los españoles enfermaban bajo la influencia de un sol abrasador, y desdeñándose de cultivar una tierra que creian suya,

veíanse reducidos al miserable extremo del hambre. Así hallaba Colon la colonia que habia dejado establecida, y por mas que procurara remediar los males de unos y otros, el efecto moral ya estaba producido, y bien pronto comenzaba á nacer en Castilla la reaccion contra un descubrimiento de que tantas utilidades pensaba reportar. Tan locas esperanzas se habian concebido, dice un escritor, que la desimpresion ocasionada por los primeros contratiempos fué mas vivamente sentida. En lugar de los montones de oro que se esperaban de *El Dorado*, cuando solo se vieron regresar enfermos ó ambiciosos desengañados, cuando fué menester alimentar con víveres enviados á grande costa á los colonos que pasaban á aquel clima riguroso, el infortunado Colon fué considerado responsable de unos males que él mismo procuraba remediar. Su severidad fué llamada tiranía, sus concesiones tratadas de debilidades. Los nobles holgazanes que habian ido á sus órdenes con la sola esperanza de enriquecerse sin trabajar, negáronse á obedecer á un aventurero extraño, á un advenedizo sin nombre y sin títulos. Desdeñosos de alimentarse del trabajo de sus manos, disemináronse en el interior de la isla para vivir del pillaje y de la guerra, disputándose con sangrientas luchas el oro, único objeto de su codicia. Despues de algunas escursiones marítimas que reportaron á Castilla la Jamaica y Cuba, despues de algunas rebeliones sofocadas con la sangre de los descontentos, decidióse en fin el almirante á regresar á España para refutar personalmente las calumnias de sus enemigos.

Recibiéronle los Reyes Católicos amigablemente, pero cuando al cabo de dos años logró que se le facilitasen hombres y naves para adelantar la conquista, las demostraciones de los monarcas habian menguado mucho, no se encontró quien quisiese formar las tripulaciones de aquellas, y tuvo que acudir al triste medio de deportar á las colonias los condenados á galeras. Así se emponzoñó todavia mas la atmósfera corrompida de aquellos preciosos paises. Entretanto cundia la anarquía, y desobedecidos todos los que representaban alguna autoridad en la isla española, convirtiase la conquista en un territorio oprimido por los bandidos, vejado con la esclavitud y la inmoralidad, abandonado á toda clase de violencias y de vicios.

En balde llegaba Colon despues de hacer nuevos descubrimientos durante la travesía, en balde castigaba ó premiaba: la administracion estaba resentida de muerte, la agricultura abandonada, las minas desiertas, y la rebelion en toda su miserable lozanía. Los mismos que con su desenfadada ambicion habian puesto las cosas en tal extremo, regresaban á España y acusaban de todo al grande hombre que acababa de facilitar al mundo un nuevo hemisferio. Acudian

todos al rey Fernando quejosos del honrado almirante, y demandábanle pagas que su holgazanería no merecía, ó que su rapiña había hecho de sobra efectivas. Hasta los mismos hijos de Colon, pajes de la reina Isabel, se vieron insultados, como hijos del aventurero, que había enviado á morir tantos hidalgos en la tierra de decepcion que había descubierto. Otros miserables desacreditaban al almirante en todos sus actos, y minaban el afecto que había merecido de los Reyes Católicos. Cansado en fin de tan continua lucha entre su honradez y sus detractores, tomó Colon la desacertada medida de pedir á los monarcas enviaran una persona que sirviera de árbitro entre sus hechos y las calumnias de los descontentos. Pero Bobadilla, que con semejante investidura se presentó, no era hombre capaz de sobreponerse á las debilidades y ambiciones humanas: no había otro Colon que con grandeza de alma pudiese juzgar la administracion del almirante.

El primer acto de Bobadilla fué cargar de cadenas al inmortal marino, y enviarle á España como un criminal cualquiera. Al llegar á presencia de los Reyes Católicos, conocieron éstos cuán mal habian hecho en conceder plenos poderes al Bobadilla, pero ni las lágrimas del justo sentimiento de Colon, ni la indignacion de Isabel y Fernando, pudieron lavar la afrenta que sobre el trono español había lanzado tan inicuo comportamiento. Y en balde se ofreció á Colon castigar á los calumniadores y á los malvados, en balde se le prometió su reposicion en el mando de las conquistas y en el título de virey; el almirante no debía saborear de nuevo el fruto de sus desvelos y fatigas. Colon no era en verdad un hombre á propósito para el mando de colonias que encerraban muy eterogéneos elementos, mucho mas cuando lanzados á la mar otros aventureros de distintos países, se requería no poco tino para conservar lo conquistado y mantenerse en paz con los envidiosos del descubrimiento. Habíase hecho creer al Rey Católico, que acaso Colon no conservaría devoto á su autoridad el nuevo mundo, y hé aquí porque en la excusa de hacer justicia á los agravios recibidos por el almirante, jamás llegaba el dia de devolverle sus poderes y sus títulos. Envióse por último en su lugar con gruesa armada á Nicolás de Ovando, comendador de Alcántara, y lleno de sentimiento el magnánimo marino genovés, instó á los Reyes Católicos le encomendáran la direccion de una expedicion que disputára á los portugueses sus descubrimientos y las riquezas del Asia. Así creía conservar la gloria que la España comenzaba á negarle, pero la expedicion del almirante fué sumamente desgraciada. Una tempestad le obligó á acercarse á la *Española*, en donde no se le permitió desembarcar, y como si fuese justo castigo del cielo, escribe un historiador, esta misma tempestad vengó á Colon sepultando en las olas á Bo-

badilla y á los rebeldes de la isla que el nuevo gobernador Ovando enviaba á presencia de los Reyes Católicos para ser castigados. Despues de no pocos desastres, regresó Colon á España, en Noviembre de 1504, en donde su crédito disminuyó en gran manera, sobre todo cuando abandonado hasta de la reina Isabel, que estaba agonizando, no tuvo otro remedio que mendigar su sustento. Enfermo y miserable, sexagenario ya y sin apoyo alguno, veia Colon entrar en España las inmensas riquezas que proporcionaba su descubrimiento, y por mas que pedia la parte que se le adeudaba, segun los tratados, jamás recabó del ingrato Fernando contestacion propicia. Su vida tocaba á un miserable término, y aunque al inaugurar su reinado el archiduque Felipe y su esposa doña Juana; renovó el almirante sus justísimas pretensiones, no permitió la muerte que el mas pequeño consuelo acompañara los últimos momentos del descubridor de un nuevo mundo. Falleció pobre y apesadumbrado con la ingratitud increíble que reportó de todos sus afanes, el día 20 de Mayo de 1506, á la edad de setenta años. Soportó la agonía de la muerte como había soportado la agonía de su vida, siempre sereno, siempre llena de fé su alma cristiana.

Tal fué la vida de este hombre insigne á quien la fama ha hecho inmortal, y cuya memoria jamás se verá bien recompensada por ambos mundos. Y sin embargo, es preciso confesar que ni antes ni despues de la muerte de Colon, ha sabido con tan grande nombre cubrirse de gloria la nacion española.

FLORENCIO JANER.

LA PUREZA.

A una Señora.

Es la pureza
La flor del prado,
Bella y lozana
con su color,
A quien el céfiro
No ha marchitado;
Es el emblema
Del casto amor.
Su aroma exhala,
Y á los mortales
Que lo respiran
Da animacion,
Y á amor inspira
Sus inmortales

Cantos de gloria
Y de bendición.
Hermosa niña,
Sé siempre pura,
Cual la azucena
de Jericó;
Que la pureza
Que siempre dura,
Es la que el cielo
Nos concedió.

JOSÉ LOPEZ DE LA VEGA.

MODAS.

Seguramente estrañarán nuestras amables lectoras que no fechemos las revistas de Modas de Baden ó de Spa, ó siquiera de Biarritz ó Panticosa, pero cada sér en el mundo tiene su destino, y con él su punto fijo, y el nuestro es el recinto de la coronada Villa.

No todas las bellezas elegantes nos han abandonado: todavía está concurrido el Prado en estas noches deliciosas: todavía se hacen conquistas á la luz del gas, que se saborean despues en la penumbra del Salon, y todavía en el París de Madrid puede lucir la Moda sus caprichos y buen gusto, y decimos buen gusto, porque este es el requisito peculiar de los trajes de verano: á los de invierno les basta, para ser considerados, con la riqueza que representan.

Nuestras lectoras conocen los nombres de las telas mas á propósito para los trajes de sílfide que mas lucen á la luz de la luna, y nuestras revistas les han iniciado en los adornos que mas les convienen, y en los que entran por mucho las cintas y los flequillos.

Para mas detalles, nos referimos á la siguiente

Explicacion del Figurin.

FIG. 1.^a Vestido de muselina blanca, adornado de lazos de terciopelo negro.

La falda es doble, y cada una va terminada por un jareton.

Cuerpo escotado á lo Virgen y rizado, recogiendo el vuelo en el escote un puño bordado y una puntilla al canto.

Manga muy ancha, que siendo muy larga en la parte de atrás y de los lados, queda casi corta por la costura, y va recogida con un puño que no ciñe completamente el brazo, adornado en sus dos extremos por un terciopelo estrecho y un lazo de la misma clase, pero de cinta mas ancha, colocado encima del puño.

Cinturon de terciopelo negro con cabos flotantes,

y sobre la falda de encima, formando costadillos, lazos también de terciopelo.

Fichú cruzado por delante y medio escotado por detrás con punta redonda. Este fichú es de tul blanco con motitas de terciopelo negro, terminándole dos volantes del mismo tul, guarnecido cada uno con dos terciopelitos.

Peinado de bandós rizados y vueltos. Por detrás moña muy baja, formada con trenzas del mismo pelo y lazos de terciopelo.

FIG. 2.^a Traje de glassé color de pensamiento, adornado de terciopelos negros y puntillas.

La falda tiene seis paños, y en todos ellos sacada una nesga por la parte de arriba de seis centímetros de ancha, para que haga hueca de abajo sin mucho bulto en la cintura: lleva tres volantes terminados por grandes ondas que forman puntas, y adornado cada uno con tres órdenes de terciopelos y una puntilla pegada al canto de cada terciopelo. El primer volante debe llevar siete paños, el segundo seis y el de arriba cinco.

Cuerpo alto con aldeta que se prolonga por delante, por detrás, y en las caderas, formando cuatro puntas. La aldeta no hace encañonado ninguno, sino que descansa lisa sobre la falda, adornada al pié con tres órdenes de terciopelo como los volantes. El cuerpo está abotonado desde el cuello al talle, y lleva una berta de picos, dispuesta de manera, que sean mas pronunciados los de los hombros y los del medio de la espalda y pecho: los restantes menos marcados. Dos terciopelos, con sus correspondientes puntillas, guarnecen esta berta.

La manga se compone de una hombrera, que termina en punta sobre el brazo, y dos guarniciones debajo de ella, que no tienen mas vuelo que el necesario para que formen un poco de campana, y están adornadas de picos como la berta, con terciopelos como aquella, y lo mismo la hombrera.

Cuello de encaje y mangas anchas de tul. Chal de encaje negro.

Sombrero de paja adornado con terciopelos y puntillas negras y grupos de rosas.

Todo el sombrero incluso el bavolet, lleva de dos en dos centímetros un terciopelito estrecho cosido á la paja, y una puntilla rizada al canto de cada terciopelo. Todo al rededor del sombrero va colocada al aire una puntilla mas ancha y un grupo de rosas al lado izquierdo, que naciendo sobre el ala se prolongan hasta el sitio donde principia el bavolet: en el lado derecho del sombrero un lazo de terciopelo y puntilla, y en el interior del ala otro grupo de rosas.

AURORA PEREZ MIRON.

EDITOR PROPIETARIO.—P. J. de la Peña.